

pueblos y verdadera prueba del talento y del poder humano, capaces de ejecutar obras tan atrevidas como S. Pablo de Valladolid, la cartuja de Miraflores, el famoso monasterio de las Huélgas, la célebre abadía de Monserrate, los claustros de Pedrálviz, S. Pedro de Cardeña y tantas otras que salvaron de la ruina general que abismó á las órdenes monásticas, á sus conventos, monasterios é instituciones. La España no verá alzarse ya monumentos tan primorosos, tan valientes, tan acabados como estos que levantaron los regulares con esplendor de la nación, con honra de las artes y provecho de mil artistas cuyo ingenio y conocimiento encontraron allí su recompensa. Quien haya mirado con indiferencia estos inmensos edificios medio arruinados sin evocar de la tumba las sombras de los cenobitas que vivieron y murieron allí; quien recorra friamente los corredores y estancias de esos conventos demolidos sin que se agolpen en su mente interesantes recuerdos; quien sea capaz de fijar su vista sobre esos trabajos prolijos sin alterarse, sin que en su alma se excite siquiera la curiosidad de examinar; « bien puede cerrar los anales de la historia, bien puede abandonar sus estudios sobre lo bello y lo sublime; para él no existen ni fenómenos históricos, ni belleza, ni sublimidad: su entendimiento está en tinieblas y su corazón en el polvo, » decía el inmortal Bálmes.

« Los claustrales, se ha repetido, necesitaban reforma, su disciplina no era la fervorosa de los primitivos monjes, ni su celo obraba los prodigios que el de san Bernardo, santo Domingo y san Ignacio de Loyola; se mezclaban con frecuencia en negocios extraños á su profesión, se introducían en los palacios, hacían sentir su influencia en la política, y su vida vino á ser perjudicial ántes que provechosa para el pueblo. » Cuando en 1834 se hacían estos cargos contra los institutos monásticos de España, se repetían los que se hicieron allí mismo en 1823, los que se repitieron en Francia al iniciarse la gran revolución, y los que han repetido en todo el mundo los enemigos del monacato. Pero si

observamos ántes que la causa de los males del clero se encontraba en el mismo gobierno que estorbaba las medidas legales que hubieran producido su esplendor, é impulsaba cuanto produce efectos contrarios; la de la decadencia de los regulares no debe buscarse tampoco en distinto origen. El gobierno español, que procuró establecer en su corte el centro de cada uno de los institutos extendidos en sus dominios, separándolos de esta manera del único que deben tener; que no permitía á sus jefes comunicarse directamente con los superiores de Roma sino por el ministerio de Estado, ni ejecutar las prescripciones de aquellos sino despues de haberlas revisado, modificado y aun reglamentado á veces; que se constituía juez en sus cuestiones abrogándose derechos que competen á funcionarios de distinto orden, fué la primera y principal de las causas que influyeron en la relajacion de su espíritu religioso. Cuando observo á los reyes dictando providencias para hacer brillar la observancia entre los claustrales de sus vastísimos Estados de Europa y de América, repartiendo órdenes y dando reglamentos para este efecto á sus vi-reyes y capitanes generales, he creído que sus medidas ni eran eficaces ni eran acertadas, y que dando mas bien un paso atrás, debieran haber renunciado esa autoridad que ejercían solo de hecho, y ponerla toda en manos de los superiores de los mismos institutos á quienes la arrebataron. La experiencia demuestra hasta dónde fueron eficaces las medidas de los reyes para reformar monjes, y la historia nos hace ver que ellos mismos borraban hoy lo que habían escrito ayer, y revocaban con facilidad la cédula que habían expedido despues de meditar con madurez. La Iglesia nunca se opuso á la reforma; al contrario, cuando la marcha de los siglos, cuando el trastorno mismo de los Estados imprimía en los claustros las sombrías señales de la revolución, los Papas acudieron presto á restaurar el esplendor perdido por las piedras del Santuario, y á restablecer entre estas el orden y

riales de su preciosa construccion, sino hombres civilizados, y que si no amaban las instituciones ni los individuos que les dieron ser, debieron respetar al ménos el talento y las artes que brillaban en los edificios materiales. Cuando vemos las grandes ruinas de Thébes y Balbec, participamos de la pena que inspira naturalmente el recuerdo de tantas generaciones de hombres que allí vivieron, de sus vicisitudes, de sus transiciones y de sus desgracias; pero no vemos allí miéntras tanto sino obrando la mano del tiempo ó de la barbarie para amontonar escombros y sepultar entre ellos los esfuerzos de la civilizacion y del progreso de los pueblos; acá es al contrario: á las ideas melancólicas que excitan las ruinas, acompaña la mas triste aun que ofrecen los hombres retrogradando de la cultura á la barbarie, y combatiendo á mano armada por precipitar al mundo en el caos de que le sacaron las luces de la fe y de la civilizacion. El sentimiento de horror que inspiran estos testigos de la devastacion á que se entregaron los pueblos, encuentra á cada paso motivo para renovarse en España.

Los que reformando los institutos monásticos con el puñal y las hogueras se mostraban enemigos de la humanidad que inspira compasion hasta para con los delincuentes, los que manifestaban odio á las artes abrasando, destruyendo ó abandonando los suntuosos monasterios, no lo mostraron menor á las ciencias destruyendo las grandiosas bibliotecas que con infinitos sacrificios juntaron los religiosos en una larga sucesion de años. Sabido es que los conventos, por pobres que fuesen, poseían bibliotecas, y que algunas de estas ocupaban lugar entre las mas célebres del mundo por la rareza de sus obras y lo precioso de sus manuscritos. Todos tenían ademas hermosas pinturas, compradas unas por las comunidades y dadas otras por los devotos. Preguntad: ¿qué se hizo toda esta riqueza? ¿dónde están tantos preciosos depósitos del saber y del talento artístico del hombre? Yo os responderé que he visto trasportadas á la

América una infinita cantidad de aquellos libros, que vendian en sus almacenes los libreros, sin borrar siquiera el nombre de la biblioteca de donde fueron arrancados; que he visto bellos lienzos de Murillo, de Rivera y de Velázquez, que hermosearon un dia los templos de los regulares, adornando los palacios de los lores en Inglaterra y las casas de los comerciantes ricos de New York, Baltimore y Valparaíso; que he visto montones de libros guardados en Barcelona en salones húmedos y medio arruinados á la sombra de una iglesia tambien ruinoso, y que hacinados como piedras ó ladrillos no habian sido tocados en veintiun años. Un museo de pinturas he visto formado en Valencia de las que escaparon del vandalaje, pero ninguna de ellas era buena, porque las de esta clase no entraron á los museos públicos ni al poder de la nacion; ved ahí todo lo que salvó de las preciosas bibliotecas y magníficas pinturas de dos provincias florecientes, y quizá las mas ricas de España. La revolucion jamas podrá lavarse de estas manchas, que dia por dia le echa en cara la civilizacion del siglo en que vivimos.

Despues de ultrajar las ciencias y las artes no respetaron ni el dolor, los que se decian « redentores de una sociedad llagada. » Cuando hubieron arrastrado á las vírgenes inocentes de sus celdas silenciosas y obligádaslas á vivir en el bullicio de que huyeron, cuando las dejaron en la calle sin darles ni asilo, ni socorro para vivir, fueron á arrancar del corazon de los montes á los anacoretas que vivian entre las aberturas de las rocas y en las oscuras cavernas de los profundos precipios: ¿y para qué? para decirles *en nombre de la libertad* que no podian continuar un método de vida que abrazaron voluntariamente... ¡Monstruosa contradiccion! Ese hombre devorado por acerbas aflicciones, que ama la soledad porque en ella puede libremente desahogar su pena, que rehusa la compañía de los demas porque le recuerdan sus extravíos, y apenas sale de su cueva alguna rara vez durante la oscuridad de la média noche, para ir á confesar sus faltas

y pedir consejo al ministro de Dios; á ese hombre se le saca de su gruta por fuerza, se le condena á vivir de la manera que resisten sus inclinaciones, y se le insulta cruelmente en su afliccion: ¡y todo *en nombre de la libertad!*

Visité á Manresa, cuna de uno de los institutos mas célebres y mas perseguidos por los reformadores sociales, y contemplé una gruta donde el fundador de la Compañía trazaba el plan de su obra, que combatida sin cesar por elementos de todo género habrá de vivir no obstante como el sólido edificio que fundó el arquitecto hábil sobre roca indestructible. El nombre de esta orden religiosa es conocido en todas partes, pues en todas han penetrado sus individuos surcando los mares, atravesando los desiertos y trepando las montañas; y es respetado en los anales de todas las ciencias, pues sobre todas ha derramado sus luces recorriendo con noble magisterio las numerosas escalas de la inteligencia humana. Desde la teología hasta la física, y desde los ramos de administracion y de política hasta las matemáticas, todas las ciencias son deudores á este instituto de una multitud de obras, cuyo número y celebridad prueban en su favor el mérito del saber mejor que todas las apologías. Cuando considero unidos á este hecho tantos otros que demuestran vivir entre ellos el celo noble y generoso del apóstol, la caridad viva é intrépida del mártir y el piadoso entusiasmo por la gloria de Dios que inspira la abnegacion perfecta de sí mismo, propia de los confesores de Cristo, no puedo apreciar otros motivos para su persecucion que en unos la incredulidad, en otros el concepto erróneo que se formaron del Jesuita, y en los mas la corriente que les arrastra á participar de ideas concebidas no por ellos mismos, sino inspiradas por la lectura de inculpaciones falsas y de hechos desfigurados.

Ni ménos encuentro por qué temer á este instituto, pues aun cuando se le viese desplegar la fuerza atlética con que lo pintaban Pombal y el conde de Aranda, la experiencia nos demues-

tra que ninguna es capaz de derrocar á los gobiernos apoyados en la justicia y rectitud de principios; y al contrario, que cuando no es esta su base, el soplo de un niño es suficiente para inflamar una nacion entera. La España, despues de expulsar la Compañía por primera vez, ha vuelto á restablecerla y expulsarla dos ocasiones sucesivamente: unos políticos no veían para la nacion los peligros que divisaban otros; unos y otros se decían no obstante liberales, y todos ellos habian suscrito programas progresistas. Debe, no obstante, notarse que los mas liberales al mismo tiempo que los suprimian, los condenaban á sufrir destierro en las islas Baleares, sin haberlos procesado, sin acusarles de algun delito, y sin respetar las garantías individuales que las leyes de todo país civilizado aseguran á los ciudadanos sin excepcion. Un proceder tan irregular arroja esta consecuencia lógica: un gobierno que lleva sus temores hasta el extremo de quebrantar las leyes, y que por sospechas preocupadas traiciona sus deberes, no se apoya en la fuerza moral. El gobierno cuanto es mas liberal debe ser mas tolerante; mas hoy este principio se traduce de otro modo.



fervor primitivo que las hizo hermosas entre la variedad de adornos que realzan la majestad grandiosa de la obra de Dios por excelencia. Para conocer hasta qué punto esto sea efectivo, no se necesita revolver mucho las páginas de la historia, sino abrirla simplemente; y después de leer los efectos de los grandes sacudimientos causados en Europa y de las agitaciones por que atravesó la América después de su emancipación, leeremos también la solicitud de los Pontífices por reparar los males ocasionados á la disciplina por efecto de aquellos mismos. Si esta solicitud no ha llenado su objeto, la culpa no ha sido de la Iglesia, sin otros medios para hacer escuchar sus resoluciones que los ruegos y la amonestación. Las leyes de la Iglesia existen; y si han ido á sepultarse entre los infinitos protocolos que llenan los gabinetes de los políticos, cuya no es la culpa, ni á ella deben achacarse las consecuencias, ni ménos preguntarle: « ¿ Por qué no se reforman los frailes? »

Muchas veces he tenido ocasión de observar que los institutos monásticos viven hoy en estado floreciente de regularidad y disciplina en todos los países donde la acción de su centro se deja sentir directamente, como en Francia, Bélgica, Inglaterra y Estados Unidos por ejemplo; y que al contrario no es semejante en las naciones donde la comunicación con sus respectivos superiores les está prohibida por disposiciones civiles. Esto es muy natural: un cuerpo cualquiera no puede existir aparte de su centro, ni ninguna máquina moverse separada de su muelle real. Los gobiernos que infinitamente suspicaces consignaron entre sus leyes la prohibición de comunicar estos cuerpos con su legítima cabeza, sancionaron en tal proceder el vicio y la muerte de esas mismas congregaciones, calculadas para producir en cada país los bienes que ya produjeron durante una larga serie de siglos con tanto provecho del género humano. En lo que está nivelado por leyes que forman la naturaleza de la cosa, las modificaciones no son posibles sin alterar, sin variar, sin desvirtuarla cosa misma.

Hablando concienzudamente, no puede decirse que la expulsión de los regulares fuese obra de la nación española. Esa nación seria, circunspecta y reposada en sus resoluciones, adherida como ninguna otra á sus usos y costumbres, no fué la que levantó su voz para pedir la proscripción de institutos nacidos en su seno, y cuyos anales de quince siglos formaban un solo cuerpo, por así decir, con la historia nacional. Cuando un decreto real abolia los institutos monacales, « por pedirlo la nación y por deseárselo los pueblos, » como él decía, esa misma nación expresaba una voluntad contraria, los pueblos representaban querer á todo trance conservar sus claustrales, y la mayoría infinita hacia oír en todos los ángulos de la Monarquía las quejas que le arrancaba este suceso. Odio contra los institutos religiosos no abrigan sino los protestantes y los filósofos, y estos se han señalado siempre por su intolerancia contra la institución y por la crueldad contra sus miembros.

Contemplando el célebre monasterio de Miraflores, contemplando en él tantos trabajos primorosos, tantos esfuerzos del arte y de la industria del hombre, tanta constancia y paciencia que acreditan la ejecución, y tanta liberalidad para desarrollar el ingenio que pudo realizar monumentos tan admirables como este, podía apreciar la magnitud del mérito que ganaron sus autores. Este mismo sentimiento de respeto por sus fundadores, de reprobación á la injusticia que les persiguió y de tristeza por el abandono en que yacen obras que harán eternamente el orgullo de las artes nacionales, me inspiraban las imponentes ruinas de Monserrate y los desplomados muros y estropeadas cornisas de Pedrálvez. Todos estos inmensos edificios cuyas piedras describían la historia de los tiempos mas bellos de la Monarquía española, arruinados y desiertos, arrancan al alma un suspiro, pero un suspiro mezclado de indignación; pues no fueron los Árabes quienes los destruyeron, no las tribus del desierto quienes amontonaron como piedras de barricadas los mate-